

JULIÁN M. ORTEGA ORTEGA, *LA CONQUISTA ISLÁMICA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA. UNA PERSPECTIVA ARQUEOLÓGICA*, SERIE *ARQUEOLOGÍA Y PATRIMONIO*, 14, MADRID, LA ERGÁSTULA, 2018, 414 PÁGS. ISBN: 978-84-16242-30-6.

ALEJANDRO GARCÍA SANJUÁN
Universidad de Huelva

Los estudios de la conquista musulmana de la península ibérica y el origen de al-Andalus han experimentado un impulso muy considerable durante la última década, tal y como permite comprobar una simple ojeada a la bibliografía disponible, en la que se incluyen cuatro monografías, obra de A. Tahiri (*Fath al-Andalus y la incorporación de Occidente a dar al-Islam*, 2011), N. Clarke (*The Muslim Conquest of Iberia. Medieval Arabic narratives*, 2012), L. A. García Moreno (*España 702-719. La conquista musulmana*, 2013) y A. García Sanjuán (*La conquista islámica de la península ibérica y la tergiversación del pasado: del catastrofismo al negacionismo*, 2019, 2ª edición). Estos trabajos, muy diversos en sus planteamientos, no agotan el caudal de contribuciones aparecidas en los últimos tiempos y cuya más reciente expresión ha sido el excelente catálogo de sellos y precintos árabes de la conquista publicado por Ph. Sénac y T. Ibrahim (*Los precintos de la conquista Omeya y la formación de al-Andalus*, Universidad de Granada, 2017). Tanto por la perspectiva que adopta como por su valiosa contribución, la obra reseñada viene a enriquecer este ya de por sí denso panorama historiográfico, y lo hace situándose dentro de unas coordenadas muy definidas, que conviene señalar desde el comienzo. En primer lugar, el establecimiento inequívoco de la relación del origen de al-Andalus con la conquista de 711, un aserto bastante obvio que, sin embargo, no resulta baladí enfatizar en el contexto actual. Se trata de la noción que representa la caracterización más ajustada para ese proceso histórico y, por fortuna, comienza a desplazar de forma definitiva a la añeja idea de ‘invasión’, acuñada por la historiografía españolista decimonónica y en vigor hasta épocas recientes en nuestra tradición académica por motivos puramente ideológicos, como he tenido ocasión de plantear en trabajos previos. Asimismo, se trata de una conquista que el autor acierta en definir como ‘islámica’, poniendo, así, el acento sobre las premisas ideológicas que legitiman la actuación de los contingentes árabes y beréberes responsables de la integración de la Península en el marco político del Imperio Omeya de Damasco.

La valoración de una obra tan extensa, profunda y sugerente como la de Ortega no es fácil en las pocas páginas que permite una reseña. Voy a limitarme, por ello, a señalar algunas de las características más destacadas de la obra, así como, también, a manifestar ciertas observaciones críticas respecto a cuestiones puntuales. A mi juicio, la novedad principal radica en la ‘perspectiva arqueológica’ desde la que el autor elabora su trabajo. Hasta ahora, los estudios sobre el origen de al-Andalus se habían realizado, fundamentalmente, desde las fuentes literarias, incorporando, en algunos casos, la información arqueológica. La obra reseñada invierte por completo este esquema de trabajo, siendo la información arqueológica la que vertebra el desarrollo del estudio. Se trata de una innovación relevante que revela el importante nivel de desarrollo que durante los últimos años ha alcanzado la Arqueología en este ámbito y que marca, sin duda, un punto de inflexión en el estudio del origen de al-Andalus. De alguna forma, la aportación del autor supone la culminación de la amplia labor que, desde hace ya años, viene realizando la mejor Arqueología de al-Andalus. En este sentido, la labor de síntesis de información arqueológica elaborada por Ortega carece de precedentes historiográficos y debe calificarse como absolutamente extraordinaria, convirtiendo a su obra en una referencia imprescindible en este campo de estudio.

Pese al indudable interés de esta novedosa propuesta, sería injusto realizar una lectura reduccionista del libro, conстриéndolo a una única dimensión. Sin duda dicha ‘perspectiva arqueológica’ articula la estructura central del libro y orienta su desarrollo expositivo y argumental, pero no determina, desde luego, la totalidad de sus contenidos. El autor desarrolla un gran esfuerzo a la hora de integrar en su análisis, asimismo, el manejo de las fuentes literarias, árabes y no árabes, todo ello en el marco de una aproximación crítica a la tradición historiográfica previa y de reflexiones de carácter metodológico sobre las características de cada uno de los distintos registros informativos que contribuyen a enriquecer la labor realizada.

De la misma forma, tampoco cabría realizar una lectura reduccionista del título principal de la obra, que no se limita a analizar el proceso de conquista islámica, sino que plantea, asimismo, el proceso de transformaciones que dicho proceso generó en la sociedad peninsular. Se trata, por lo tanto, de un estudio que abarca el origen y la primera formación de al-Andalus, siguiendo un esquema analítico que ya planteó P. Chalmeta en su monografía de 1994 (*Invasión e islamización. La conquista de Hispania y la formación de al-Andalus*).

Partiendo de estos dos planteamientos principales, la obra se desarrolla en un total de 11 capítulos, precedidos de una Introducción y cerrados con apartados de Conclusiones, Bibliografía e Índices. Tras un primer capítulo dedicado a las fuentes y sus problemas, tanto fuentes literarias como toponimia, numismática y arqueología, se desarrollan el resto de los apartados, que pueden dividirse en dos grandes grupos. Los cuatro primeros (capítulos 2 a 5) se centran en los problemas relacionados con la propia conquista, mientras que los restantes desarrollan cuestiones relativas a las transformaciones que se producen a raíz del cambio que significa la irrupción de los

contingentes conquistadores. Ortega aborda los temas de manera muy abierta, en constante diálogo con la tradición historiográfica, y lo hace, además, de una forma comprometida, pronunciándose respecto a debates que, en muchos casos, suelen estar fuertemente polarizados.

Como decíamos al principio, Ortega parte de manera inequívoca de la relación entre el origen de al-Andalus y la conquista islámica, entendida en términos de conquista llevada a cabo por contingentes que actúan a las órdenes de las autoridades califales de Damasco. Sin embargo, plantea discrepancias respecto a la naturaleza ‘imperial’ de la operación de conquista (‘se hace difícil sostener que las operaciones militares que tuvieron lugar en estos años en Spania fueran fruto de una iniciativa decididamente imperial’) y se muestra a favor de ‘formas descentralizadas de conquista con una intervención aparentemente escasa de los cuerpos profesionales que integraban el *yund* califal’ (p. 41).

A veces, en cambio, la crítica de las propuestas no se acompaña de ideas alternativas. Respecto a la valoración de la naturaleza tribal de los contingentes árabes y beréberes que intervinieron en la conquista (Capítulo 10), Ortega admite la idea de que la conquista fue efectuada por un conglomerado de *qawm*-s, aunque entiende como muy debatible la caracterización de dicho concepto, así como las consecuencias que se derivaron de ello, de tal modo que no comparte ni la propuesta del *qawm* como ‘facción’ (Crone-Manzano) ni tampoco la idea de que la conquista diera lugar a una sociedad de tipo segmentario (Barceló).

Asimismo, la adopción de estos posicionamientos llega a traducirse a veces en pronunciamientos aparentemente contradictorios, como sucede respecto al debate respecto al origen de la Mezquita Omeya de Córdoba. Por un lado (p. 142) descarta que la Arqueología haya, hasta el momento, acreditado que el primitivo oratorio islámico se erigiese sobre la supuesta iglesia de San Vicente. Sin embargo, a continuación (p. 148) afirma que ‘la primera aljama fue levantada junto a la catedral de san Vicente’. Por lo demás, el autor no aborda el debate en torno al supuesto ‘complejo episcopal’ (propuesta sostenida por la Arqueología cordobesa actual, que reformula la vieja idea de la iglesia o ‘catedral’ de San Vicente) y asimismo omite alguna referencia bibliográfica reciente e imprescindible sobre el tema¹.

Algunos de los planteamientos del autor son difíciles de asumir. La valoración de las vacilaciones o ambigüedades en el estudio del *Early Islam* ha conducido a notorios desvaríos que Ortega conoce y de los que se desmarca de manera explícita. No obstante, su lectura del fenómeno negacionista tal vez peca de cierta ingenuidad, hecho probablemente no ajeno a un manejo algo insuficiente de la literatura académica relativa a la crítica de este fenómeno (pp. 18-19). Olagüe y sus seguidores no pueden ser vinculados ni a la escuela revisionista del *Early Islam* ni a tendencia académica alguna, dado que el negacionismo representa un vulgar fraude historiográfico que, por

¹ F. ARCE, ‘La supuesta basílica de San Vicente en Córdoba: de mito histórico a obstinación historiográfica’, *Al-Qantara*, 36-1 (2015), pp. 11-44.

definición, resulta antiacadémico². Por otra parte, aunque la recuperación de las ideas de Olagüe comenzó siendo una mera extravagancia oportunista desarrollada desde sectores marginales del Arabismo español, desde ciertos sectores de la Arqueología académica se registran notorios y recientes esfuerzos por homologar el fraude³. La Arqueología, en efecto, ha jugado un papel nada inocente en la propagación de ideas tendenciosas sobre el origen del islam, como bien señala Ortega a través del caso de Y. Nevo y J. Koren.

Pero la labor del autor dista de limitarse a la mera adopción de posiciones intermedias o equidistantes en los debates más polarizados sobre el origen de al-Andalus. Algunas de sus propuestas introducen aportaciones de gran interés, por ejemplo respecto a la noción de islamización, que Ortega rechaza caracterizar como con ‘un simple proceso unilateral de aculturación’, prefiriendo vincularlo a la noción de ‘etnogénesis’ (p. 294). Si partimos de la caracterización de al-Andalus como país árabe e islámico, parece difícil obviar la idea de aculturación, derivada de la imposición de los marcadores inherentes a los conquistadores sobre los conquistados. En todo caso, no parece que aculturación y etnogénesis deban considerarse desde una perspectiva necesariamente excluyente ya que, de hecho, la primera cristalización de la identidad andalusí coincide con la configuración de la mayoría islámica durante el califato, en la que la noción de *yamā’a* adquiere una relevancia destacada.

Desde la base de un análisis exhaustivo de las evidencias materiales, Ortega se muestra favorable a la idea de un avance de la islamización más rápido de lo generalmente admitido (‘la adopción del credo musulmán fue rápido e intenso, quizás mucho más que lo que dejan pensar los diccionarios biográficos que sirvieron de base al trabajo de Bulliet’, p. 328), y valora con particular interés las vacilaciones que se registran en el plano funerario y cultural, concluyendo que el ritual de enterramiento canónico islámico ‘no se generalizó hasta fechas relativamente tardías, ya avanzado el siglo III/IX, aunque su primitiva adopción puede reconocerse ya en algunos lugares desde muy pronto’ (p. 319).

Dado que el manejo de la bibliografía es muy completo en todos los temas que el autor aborda, llama la atención que en el tratamiento del ritual funerario se soslayan algunos trabajos recientes y muy relevantes, entre ellos las TD de M. P. de Miguel sobre la *maqbara* de Pamplona⁴ y la de M. Chávet Lozoya sobre Lorca⁵, ambas disponibles en

² A. GARCÍA SANJUÁN, “Denying the Islamic conquest of Iberia, a historiographical fraud”, *Journal of Medieval Iberian Studies*, 11 (2019), pp. 306-322.

³ El más explícito se debe a V. Martínez Enamorado, en la reseña que realizó de mi monografía de 2013 antes citada, publicada en *Albahrí* 2 (2016), 175-227. Más recientemente parece haberse sumado el arqueólogo portugués C. Torres, como revelan sus declaraciones en prensa: ‘Hoje sabemos, por causa da arqueologia, que não houve nenhuma invasão em 711, não vieram exércitos nenhuns’: *Sábado*, 2 Febrero 2018, <https://www.sabado.pt/vida/pessoas/detalhe/claudio-torres-d-afonso-henriques-nao-conquistou-lisboa-aos-mouros-foi-aos->

⁴ *La maqbara de Pamplona [s. VIII]. Aportes de la osteoarqueología al conocimiento de la islamización en la marca superior*, Universidad de Alicante, 2016.

⁵ *Los rituales de enterramiento islámicos en Al-Ándalus (ss. VIII-XVI). Las tumbas tipo Lahd. Arqueología de la muerte en Madinat Lurqa*, Universidad de Granada, 2016.

los repositorios digitales de sus respectivas Universidades, al igual que sucede respecto a la necrópolis zaragozana de Tauste, cuyos resultados fueron presentados en 2015⁶, ausencias que se suman a la del catálogo de precintos de plomo publicado por Ph. Sénac y T. Ibrahim en 2017 (antes citado).

Dentro de un marco de análisis riguroso y estimulante, el autor introduce, en ciertas ocasiones, reflexiones algo desconcertantes, por ejemplo cuando se pregunta de forma retórica ‘¿De qué Islam hablamos, pongamos antes de la construcción, hacia el 169/785, de la mezquita de ‘Abd al-Rahman I? Si Bulliet está en lo cierto, casi de ninguno’ (p. 295). La ausencia de cualquier forma de creencia que pueda denominarse ‘islámica’ con anterioridad a la época abasí constituye uno de los mitos más difundidos por las tendencias próximas al negacionismo. Semejante afirmación equivaldría a considerar la inexistencia de cristianos antes del Concilio de Nicea (325) debido a que el dogma central del cristianismo no había sido establecido de manera ‘oficial’. Como cualquier otra creencia religiosa, el islam no surge de una sola vez y posee una compleja evolución que está siendo descifrada por los estudios más recientes. Ello resulta muy distinto a la descabellada, fantasiada e infundada pretensión de retrasar doscientos años su origen histórico. Por lo demás, para responder a esa compleja evolución en su relación con otras creencias se han realizado propuestas conceptuales como la noción de *islamicate* (Marshall Hodgson), que Ortega, sin embargo, no considera en su estudio.

Al-Andalus fue un país árabe e islámico y ambos componentes están presentes en su estructura política y social desde su origen, a raíz de la conquista de 711. Por lo demás, las vacilaciones rituales que registra la Arqueología en la Península coinciden, por ejemplo, con lo que describen las propias fuentes árabes cuando indican la transición desde la inicial aceptación de la tradición asociada al ulema sirio al-Awzā‘ī hasta la consolidación de la tradición *mālikī* como escuela predominante gracias al apoyo de la dinastía Omeya.

En definitiva, con todas las discrepancias y reservas que pueda suscitar respecto al tratamiento de determinadas cuestiones, la obra de Ortega constituye, sin duda, una excelente contribución que representa la más completa aproximación hasta el momento al estudio arqueológico del origen de al-Andalus, una obra que abre nuevas perspectivas al conocimiento de uno de los procesos históricos más determinantes en la evolución histórica del medioevo peninsular.

⁶ F. J. GUTIÉRREZ GONZÁLEZ y otros, “La maqbara medieval de Tauste, primeras investigaciones”, J. I. Lorenzo Lizalde y J. M. Rodanés Vicente (eds.), *I Congreso Arqueología y Patrimonio Aragónés, Actas 24-25 Noviembre 2015*, Zaragoza, 2016, pp. 433-442.